

Julio Albi de la Cuesta

BANDERAS OLVIDADAS

El Ejército español en las guerras
de Emancipación de América



BANDERAS OLVIDADAS

BANDERAS OLVIDADAS

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LAS
GUERRAS DE EMANCIPACIÓN
DE AMÉRICA

Julio Albi de la Cuesta



Banderas olvidadas
Albi de la Cuesta, Julio
Banderas olvidadas / Albi de la Cuesta, Julio.
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019. – 416 p., 16 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.
D.L.: M-15023-2019
ISBN: 978-84-949540-5-4
94(460).063
325.83

Banderas olvidadas
El Ejército español en las guerras de Emancipación de América
Julio Albi de la Cuesta

© de esta edición:
Banderas olvidadas
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º dcha.
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-949540-5-4
D.L.: M-15023-2019

Revisión técnica: Javier Gómez Valero y Joaquín Mejía Alberdi
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro
Han colaborado en la edición de este libro: Pablo Alonso Ardura,
Nicolás Gargiulo García y Manuel Ignacio Milicua González

Primera edición: junio 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2019 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

ÍNDICE

Prólogo a esta edición	VII
Introducción a la edición original	IX
1 EL EJÉRCITO DE ESPAÑA	1
2 EL EJÉRCITO DE AMÉRICA	21
3 LOS PRIMEROS EMBATES (1809-1811)	39
4 LA REACCIÓN ESPAÑOLA (1812-1813)	71
5 1814. TRIUNFOS REALISTAS	105
6 1815. GRANDES ESPERANZAS	129
7 1816. LA GUERRA INTERMINABLE	145
8 1817. LA PÉRDIDA DE LA INICIATIVA REALISTA. CHACABUCO	161
9 1818. MAIPÚ	189
10 1819. BOYACÁ	213
11 1820. SOLOS	237
12 EL EJÉRCITO REALISTA	257
13 1821. CARABOBO, EL PRINCIPIO DEL FIN	281
14 1822. PICHINCHA	309
15 1823. REVESES Y TRIUNFOS REALISTAS	323
16 1824. JUNÍN Y AYACUCHO. PASO DE VENCEDORES	333

Epílogo	363
Conclusión	367
Apéndice I. Los cuerpos realistas	371
Apéndice II. Las unidades peninsulares y sus bajas	379
Bibliografía	385
Índice analítico	391

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Siempre es una satisfacción el renacimiento de un libro, que inevitablemente llega acompañado de recuerdos que, en este caso concreto, se asocian a dos ciudades tan distintas como Roma, donde se empezó, y Tegucigalpa, donde se terminó.

Como todos los que he publicado, este trabajo respondió al deseo de conocer mejor un periodo histórico y a la imposibilidad de encontrar una obra de dimensiones razonables que diera satisfacción a esa curiosidad. En el fondo, siempre he escrito lo que me hubiera gustado poder leer.

Cuando empecé a escudriñar la época de la emancipación americana, lo primero que me llamó la atención fue la escasez de la bibliografía española sobre el tema. En 1883, Seeley dijo, jocosamente, que parecería que Gran Bretaña había conquistado un imperio en un momento de distracción. Daría la impresión que España lo perdió en parecidas circunstancias a la vista del mínimo rastro que, desde la perspectiva que me interesaba —la militar— tamaño acontecimiento había dejado en las bibliotecas. De un escrutinio de los escualidos anaqueles, en efecto, y con algunas excepciones, todas anteriores al siglo XX, se podría deducir que Carabobo y Ayacucho nunca habían existido. Así, y como apunté en su día, a la vez que se enterraron esas y otras derrotas, se sepultaron no menos victorias y, sobre todo, el recuerdo de una abnegación y una lealtad ejemplares.

En América, en cambio, proliferaban los estudios, pero, en ocasiones, demasiado teñidos por el lógico deseo de glorificar lo que había sido la epopeya fundacional de aquellos países.

Por fortuna, desde que apareció *Banderas olvidadas* hasta la actualidad, la situación ha cambiado tanto hasta ser irreconocible. Al contrario

que entonces, ahora, el problema al abordar una tarea similar sería la enorme amplitud de lo publicado en los últimos años, en ambos lados del Atlántico; el propio autor de estas líneas ha contribuido mínimamente a ello, siendo culpable de un trabajo más, ceñido al virreinato peruano. Pero tan importante o más que este esfuerzo de divulgación, en sí mismo, ha sido el proceso de revisión de mitos y leyendas emprendido en determinados sectores iberoamericanos, en busca de una historia quizá menos heroica, pero seguramente más cercana a la realidad. Tiempo es, en efecto, y parafraseando a Pino Iturrieta, de dejar de vivir entre estatuas.

Gracias al incurable optimismo de Javier Gómez vuelven a tremolar esas banderas. Si la presente reedición contribuye a que el título del libro resulte algo menos justificado, habrá cumplido su objetivo.

Este libro pretende ser, en cierto modo, un homenaje a los vencidos, habitualmente desdeñados por la historia, a los miles de españoles que, desde Nuevo México al Chile más profundo, pasando por el altiplano boliviano, se dejaron la vida al servicio de un señor que seguramente no se merecía tan buenos vasallos. A su lado, y en mayor número, formaron americanos de todo color y condición, de todas las latitudes, combatiendo contra sus compatriotas por una causa de la que, en su mayoría, solo podían tener una idea borrosa, pero no por eso menos noble que la defendida por sus rivales. Derrotados, fueron condenados al escarnio o al olvido, cuando solo habían sido fieles a su rey. Hasta Fernando VII, el más ingrato de los príncipes, lo reconocería, creando la Real y Americana Orden de Isabel la Católica para «premiar la lealtad acrisolada». La de ellos, en efecto, se templó en el implacable crisol del soroche en los Andes helados, de la sed en los abrasadores Llanos venezolanos, de las enfermedades y de la muerte, pero apenas ha hallado acogida en el recuerdo. Las siguientes líneas están destinadas a reparar, siquiera parcialmente, esa larga injusticia.

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ORIGINAL

El propósito de este trabajo no es describir las campañas de las guerras de Emancipación, labor que exigiría varios volúmenes, ni entrar en el detalle de operaciones que cubrieron medio continente. Mi deseo ha sido, simplemente, hacer una modesta obra de divulgación, nada erudita, sobre la larga lucha que sostuvieron peninsulares y muchos americanos para mantener la soberanía de España sobre sus posesiones de Ultramar. Por ello he puesto mayor énfasis en la descripción de los acontecimientos en los territorios donde la guerra tuvo verdadero carácter regular, evitando en lo posible tediosas descripciones de decenas de pequeños encuentros de escaso alcance.

Las campañas de emancipación han recibido tradicionalmente poca atención en Europa, seguramente por la debilidad numérica de las fuerzas en presencia, sobre todo en comparación con las entonces recientemente acabadas campañas napoleónicas. Sin embargo, en aquellas batallas se jugaba el destino de países enteros, por lo que en mi opinión merecen un puesto más importante del que se les ha reconocido en la historia militar.

En cuanto al Ejército realista, ha sido un Ejército maldito, como casi todos los derrotados. Por lo que se refiere a sus componentes europeos, España prefirió perder la memoria de sus fracasos, olvidando al tiempo sus sacrificios y sus triunfos.

Por lo que respecta a los americanos que lo integraron, fueron inevitablemente considerados en sus propios países como traidores, indignos de ser recordados.

En ninguna de las historias clásicas del Ejército español, desde Clonard hasta Barado, pasando por Gil Álvaro, existen apenas referencias a la multitud de unidades locales que defendieron durante más de diez años lo que consideraban los derechos de Fernando VII.

Sin embargo, americanos y peninsulares combatieron unidos con una constancia admirable por lo que creían que era una justa causa, a la sombra de banderas hoy ya olvidadas y encuadradas en unas fuerzas *sui generis*. En efecto, sobre una estructura caracterizada por la dependencia de aquella parte de América respecto a España, se levantó una organización original. Aunque su cúpula estuvo dominada por peninsulares, en muchos de los cuerpos que la componían, europeos y americanos servían codo con codo, a las órdenes de oficiales que podían ser originarios, indistintamente, de la metrópoli o de cualquiera de los territorios ultramarinos sobre los que ondeaba la enseña con el soberbio «Plus Ultra». La vida y la muerte de esas unidades merecen, seguramente, un puñado de páginas.

Respecto a la terminología utilizada para designar a ambos bandos he preferido describirlos, respectivamente, como realistas e independentistas. El primero es un término generalmente aceptado, más preciso que la expresión «españoles» a la que con frecuencia se recurre. El segundo me parece preferible a otros como patriotas, republicanos, insurgentes o independientes.

El concepto «patria» es relativamente indefinido y desde luego, los realistas consideraban también como patriotas a los integrantes de sus ejércitos. Por otro lado, se podría hablar con Martínez Peláez de la «Patria del criollo» que no necesariamente era la de todos sus connacionales. Es este un tema vidrioso que me ha parecido mejor obviar.

La palabra «republicanos» es asimismo discutible. Lo que se dirimía en América no eran formas de régimen político, sino la independencia o el mantenimiento de la soberanía española. No faltaron por otro lado, como es sabido, tendencias monárquicas en algunos sectores independentistas.

Insurgentes o rebeldes son conceptos que en casi todos los países tienen un sentido peyorativo, por lo que me ha parecido conveniente no utilizarlos.

En cuanto al término independientes, resulta poco satisfactorio. De un lado, no es aplicable a tropas de una región que todavía no ha obtenido su independencia; de otro se podría aplicar con mayor precisión a los propios peninsulares realistas, que pertenecían a un país reconocido como soberano por toda la comunidad internacional.

Quisiera añadir que he empleado indistintamente las palabras peninsulares o europeos para designar, como se hacía en aquel tiempo, a los hombres procedentes de lo que actualmente es España.

Finalmente, deseo expresar mi agradecimiento a quienes me han ayudado en la elaboración de este trabajo: en el Servicio Histórico Militar y en la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos he encontrado, como en ocasiones anteriores, toda clase de facilidades. El padre Storni, de la Biblioteca de Escritores de Roma, y Sofía Gandarias, jefe del Servicio de Archivo del Congreso español han derrochado paciencia con mis peticiones. Javier Malagón ha seguido aguantándome algunos años más.

El profesor Christon I. Archer me ha ayudado con sus siempre acertadas reflexiones. Salvador Bermúdez de Castro, Manuel Cacho, Eduardo Cerro, Juan Manuel Egea, Félix Fernández-Shaw, Aníbal Jiménez-Abascal, Eduardo de Laiglesia, Francisco Mata, Javier Paramio, Augusto Serrano y Leopoldo Stampa me han buscado libros que yo no lograba encontrar.

Quisiera también dar las gracias a Carmelo Angulo, a Antonio Papell y a Pedro García Domínguez por haber hecho posible la publicación de este libro, y a Zoila Torres por sus esfuerzos con mis ilegibles manuscritos.

Tegucigalpa, enero de 1990

México, campaña de Miguel Hidalgo

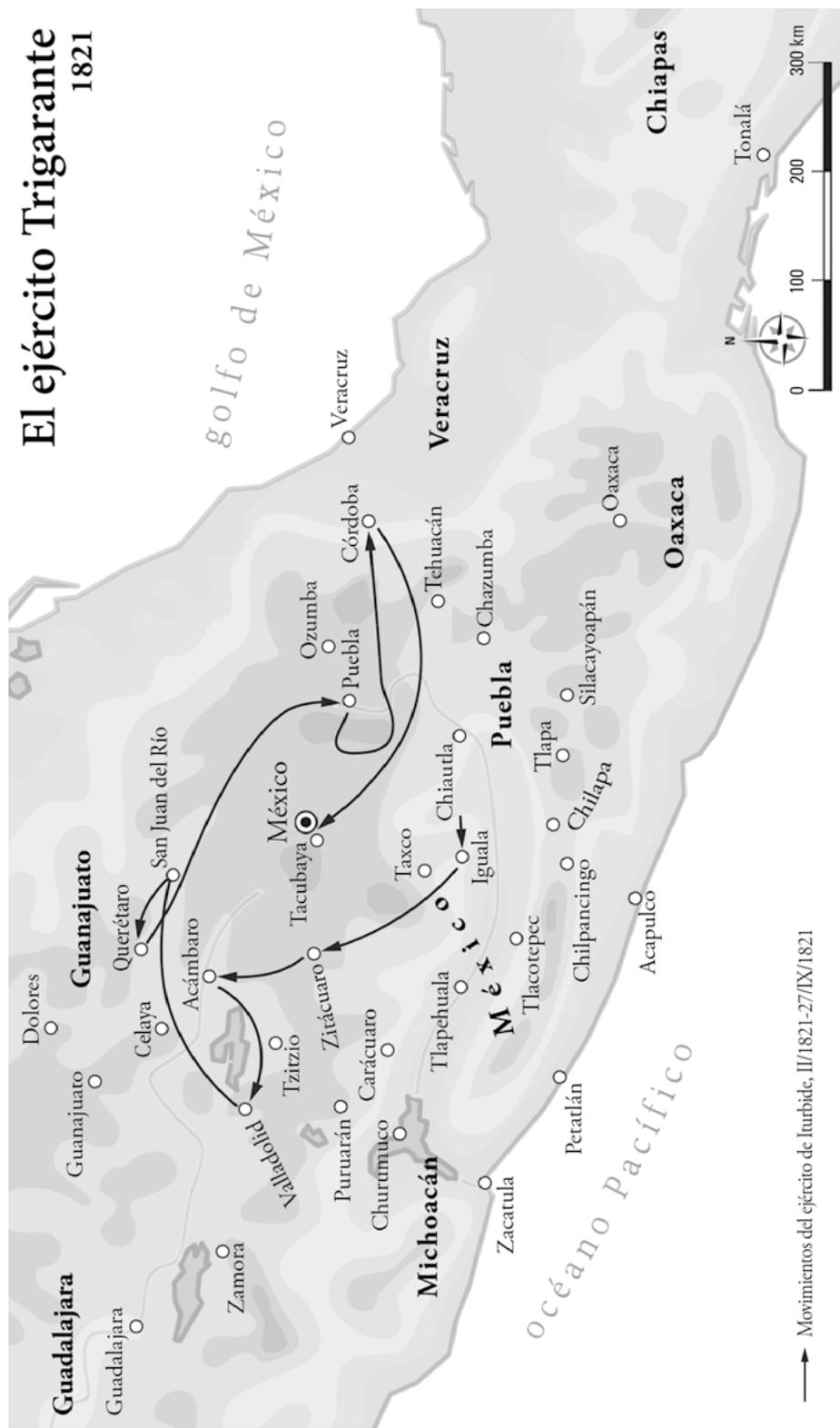
1810-1811



- Campaña de Miguel Hidalgo, 1810-1811
- - - Campaña realista de Félix Calleja, 1810-1811

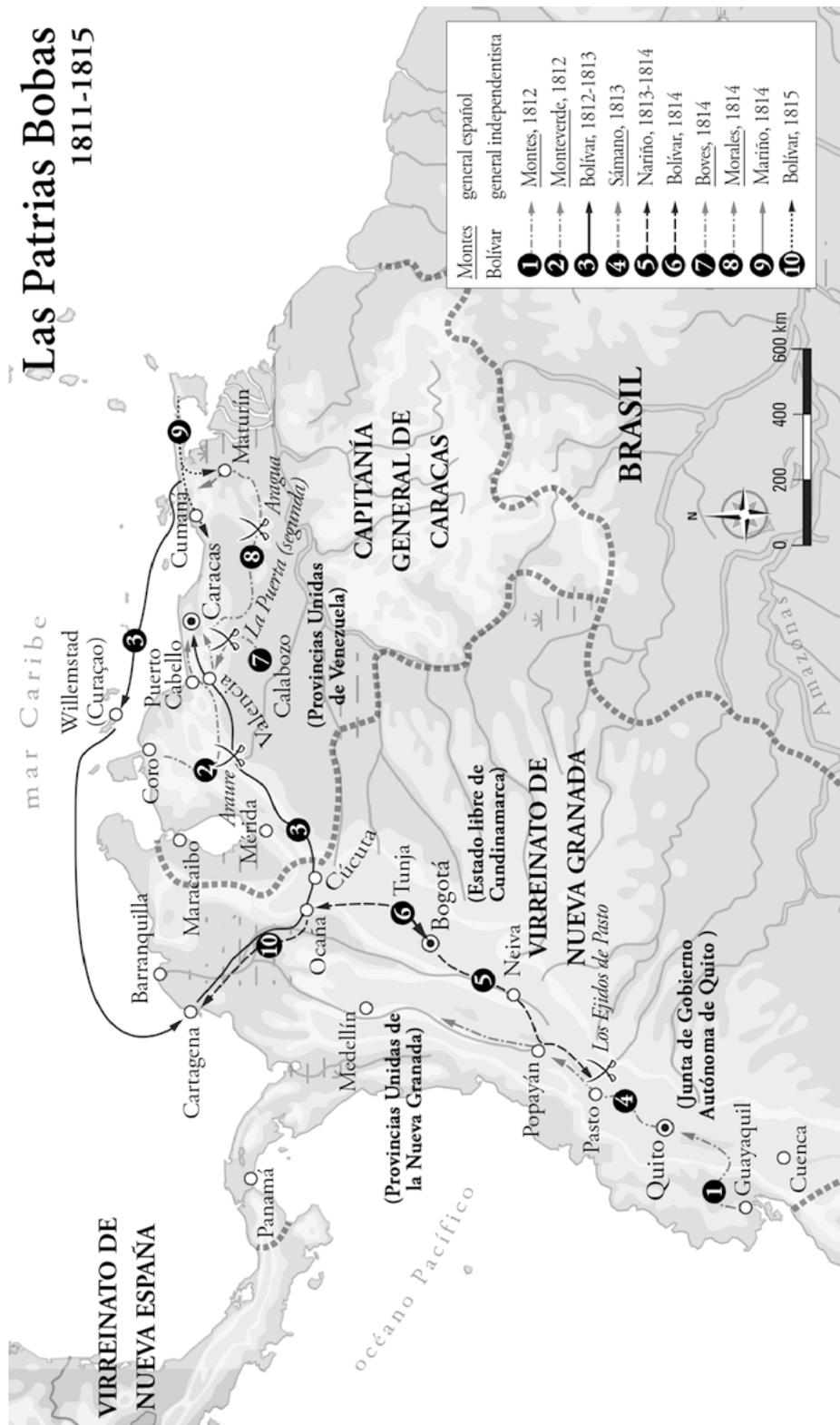


El ejército Trigaranter 1821

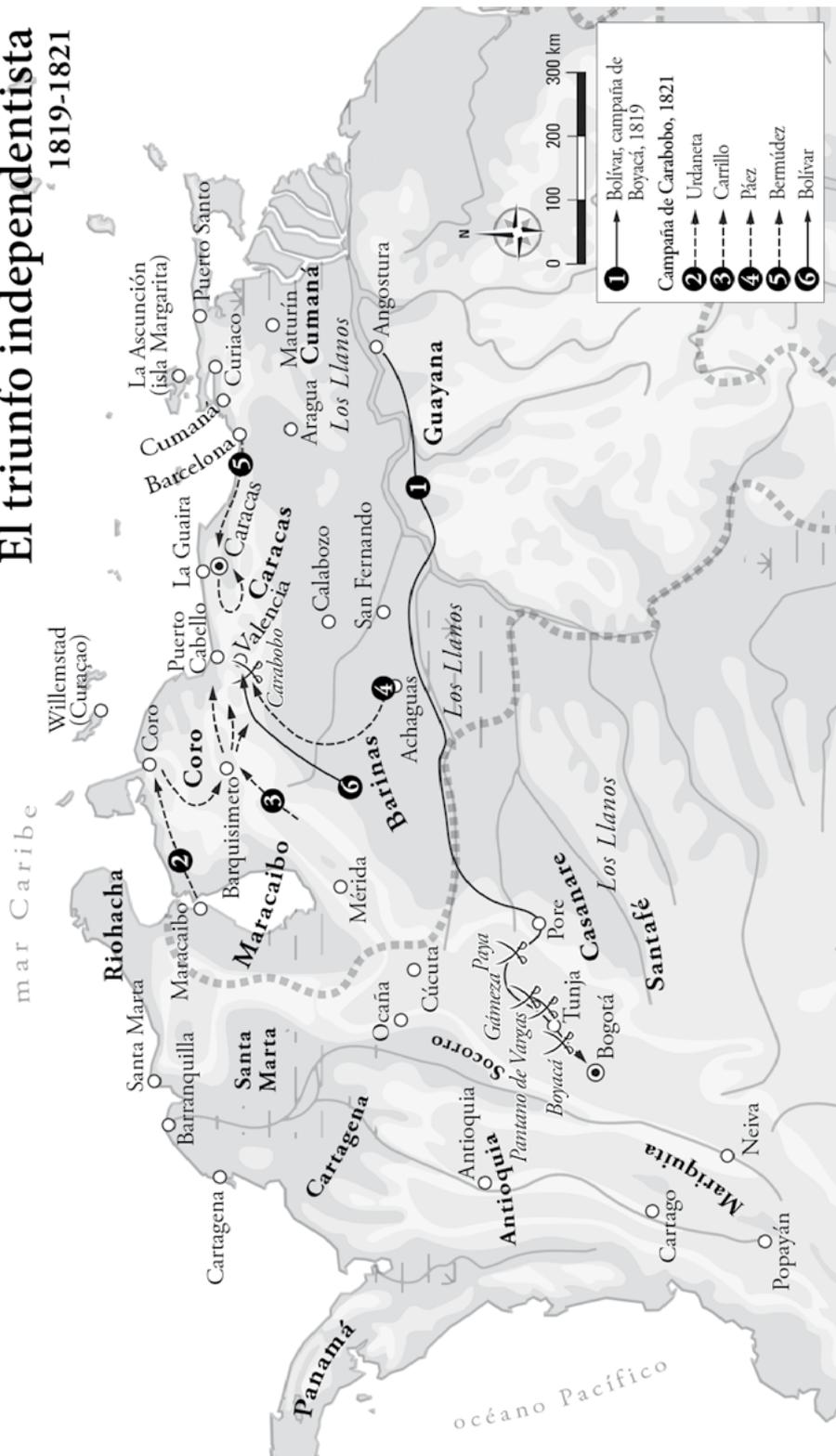


→ Movimientos del ejército de Iturbide, II/1821-27/IX/1821

Las Patrias Bobas 1811-1815



El triunfo independentista 1819-1821









La guerra en el Perú
1821-1824

1

EL EJÉRCITO DE ESPAÑA

La conducta de Vds. en el Perú como militares merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigio lo que Vds. han hecho en este país. Vds. solos han retrasado la Emancipación del Nuevo Mundo dictada por la naturaleza y por los nuevos destinos.

Carta de Bolívar al general realista Canterac, tras la batalla de Ayacucho

Cuando se inicia la Guerra de la Independencia contra Napoleón, que tendría directas repercusiones en la América hispana, el Ejército español contaba con 101 865 hombres¹ —aunque sus efectivos teóricos eran más de 150 000— organizados de la siguiente forma:

De un lado, la Guardia Real, con el equivalente de dos regimientos de caballería y con dos de infantería, que sumaban en total algo más de ocho mil hombres.

De otro, lo que se llamaba «Cuerpo de Ejército», formado por 45 regimientos de infantería de línea —35 españoles, 4 «extranjeros» (irlandeses e italianos) y 6 suizos— 12 regimientos de infantería ligera, 12 de caballería de línea, 8 de dragones, 2 de cazadores y 2 de húsares.

La Artillería contaba con cuatro regimientos, con 34 baterías de campaña, 6 de a caballo y 21 de guarnición, con 240 cañones.

Los Ingenieros tenían 169 jefes y oficiales y su regimiento, recién creado, mil plazas.

Como fuerzas de reserva estaban las Milicias, formadas por ciudadanos movilizados en caso de crisis o de guerra. En 1808 alineaban 43 batallones con 39 000 hombres, todos de infantería.

En ese mismo año, los reglamentos vigentes habían estructurado a los regimientos de infantería española y extranjera en tres batallones, con unos 647 hombres cada uno. En la práctica, los terceros batallones estaban en cuadro y solo se completaban si eran movilizados.² Los regimientos suizos tenían dos batallones, y los ligeros, uno, de algo más de mil plazas. Estas cifras oficiales no siempre reflejaban la realidad, ya que

casi ninguno de los batallones existentes en la Península, exceptuados quizá los de la Guardia, estaban al completo. Por otro lado, tanto las unidades teóricamente irlandesas como las «extranjeras» contaban con un gran número de españoles en sus filas.

En cuanto a la Caballería, cada regimiento estaba dividido en cinco escuadrones de poco más de cien hombres, según plantilla, aunque normalmente eran más débiles.

Los hombres que integraban las distintas unidades se clasificaban, según su procedencia, en tres grupos. En primer lugar, los enrolados voluntariamente, que habían hecho de las armas su profesión. Con largos años de servicio, bien disciplinados e instruidos formaban la columna vertebral de los cuerpos. En segundo lugar, los alistados a través de las quintas, sorteados entre la población. Aunque era un hecho conocido que los alcaldes utilizaban estas para librarse de los elementos menos recomendables de la localidad, los hombres así reclutados podrían llegar a convertirse en buenos combatientes, siempre que contaran con cuadros adecuados. Por último, estaban los hombres que procedían de levás forzosas entre vagabundos, maleantes, etc. Eran, con diferencia, la parte más débil de cada unidad y planteaban continuos problemas de disciplina que se castigaban con tremenda severidad.

Tradicionalmente, Artillería e Ingenieros alardeaban de contar con hombres de una calidad superior a la media y de ser especialmente selectivos a la hora de elegir el personal. Este, por las funciones específicas de ambos cuerpos, que se enorgullecían del título Real, debía ciertamente reunir unas condiciones tanto de inteligencia como de robustez que no se exigían de un simple infante. La Caballería, apoyada en la aureola de aristocracia que rodeaba a sus regimientos, en la brillantez de los uniformes y en el servicio relativamente más cómodo que se prestaba en ellos, tampoco acostumbraba a tener grandes problemas de reclutamiento. Eran estos especialmente graves en la Infantería, más numerosa y menos atractiva y que, por tanto, acogía un porcentaje mayor de gente procedente de la leva. En cuanto a la oficialidad, la de Infantería y la de Caballería podían tener un doble origen; o de clase de cadetes o de sargentos ascendidos. Los primeros eran sobre todo nobles o hijos de militares. Para los segundos se requería que fuesen «de calidad honrada».

En principio, el aprendizaje de la profesión se realizaba, como en otros ejércitos europeos, en el seno de las propias unidades, con resultados mediocres. Desde el siglo anterior habían existido colegios militares, que daban una mejor preparación, pero todos ellos habían tenido una trayectoria espasmódica, cerrándose unos al poco tiempo

de ser inaugurados, para ser sustituidos por otros que a su vez no tardaban en ser suprimidos. También en esto Artillería e Ingenieros eran una excepción, contando con sendas academias en Segovia y Alcalá de Henares, donde se impartía una cuidada educación. Los ascensos hasta la clase de capitán eran por rigurosa antigüedad, en principio, pero a partir de ese grado pasaban a ser por elección, lo que facilitaba carreras insólitamente rápidas para los oficiales con buenas conexiones sociales. Ello favorecía sobre todo a los procedentes de cadetes, mientras que los antiguos sargentos, a pesar de que a veces conocían mejor su profesión, podían pasarse decenas de años sin ascender.

La existencia de tropas de diversas especialidades que hemos mencionado, se justificaba por las misiones que les estaban atribuidas. La infantería de línea, que constituía el núcleo del Ejército, operaba en formaciones cerradas y principalmente mediante el fuego. La ligera, por su parte, actuaba en formaciones abiertas y flexibles. Su objetivo era desplegar a vanguardia de la línea y molestar con su fuego independiente al enemigo, procurando a la vez eliminar a sus oficiales. Su función era preparar un ataque o debilitar una ofensiva contraria.

La caballería de línea se utilizaba en formaciones cerradas. Actuaba ante todo mediante el choque al arma blanca. Los dragones constituían una vieja especialidad cuya característica original era su capacidad para combatir tanto pie a tierra, con sus armas de fuego, como a caballo, con espada o sable. Sin embargo, por su evolución natural, el instituto se había convertido en el siglo XIX prácticamente en caballería convencional, aunque sus hombres y sus caballos acostumbraban a ser menos robustos que en las tropas de línea.

La caballería ligera, en sus diversos tipos –cazadores, húsares– se empleaba para el reconocimiento, para los ataques a las líneas de comunicaciones y para golpes de mano. En principio, combatía en formaciones muy poco densas, y estaba integrada por hombres y monturas ágiles pero de poca talla, lo que no le hacía apta para el choque frontal con escuadrones de línea.

En cuanto a la Artillería, la de a pie se caracterizaba porque los sirvientes caminaban junto a las piezas, mientras que la de a caballo tenía a los artilleros montados. De ahí que la primera, que estaba dotada de piezas más pesadas, se usase durante la batalla en misiones estáticas o cuasi estáticas, mientras que la segunda, por su mayor movilidad y su capacidad para acompañar tropas en marcha, se empleará para apoyar el ataque. Los Ingenieros tenían como misión realizar obras de campaña o de asedio, tender puentes, erigir y mantener fortificaciones, etc.

Las especialidades básicas que hemos citado no agotaban todas las existentes en un ejército de la época. Así, tanto la Infantería como la Caballería solían contar en sus regimientos con una compañía de preferencia, formada por hombres de especial confianza, seleccionados por su estatura y veteranía, que se empleaban en misiones de reconocida dificultad. Recibían el nombre de granaderos, en la infantería de línea y en los dragones, y de carabineros en los batallones ligeros y en la caballería de línea. En algunos casos, existían cuerpos enteros con esta denominación, como los Carabineros Reales en el Ejército español.

La infantería, tanto de línea como ligera, podía tener una segunda compañía de preferencia, constituida por soldados escogidos por su agilidad y puntería. En la infantería de línea recibían el nombre de cazadores y constituían una especie de infantería ligera propia de la unidad. En los batallones ligeros se les llamaba tiradores. En la organización francesa eran designados como *voltigeurs* y a ello obedecerá la presencia en el ejército de Bolívar de un cuerpo bautizado como «voltígeros».

En cuanto a la Caballería, además de los Institutos citados, podía tener otros como los Granaderos a Caballo, coraceros o lanceros, por solo citar algunos. Ninguno de ellos existía en España en 1808, pero no tardarían en aparecer en la Península primero y más tarde en América. Los primeros constituían, en teoría, unidades de élite. Los segundos formaban la caballería llamada pesada, y se distinguían por la protección adicional que llevaban. Los terceros estaban a medio camino entre la caballería de línea y la ligera y su empleo venía determinado por los inconvenientes y las ventajas de su armamento. En efecto, si bien la lanza confería una notable superioridad en el primer momento del choque, resultaba un estorbo en el cuerpo a cuerpo, era embarazosa en las marchas y exigía una larga instrucción.

ARMAMENTO Y TÁCTICAS

Las características de las armas de la época, y por tanto de las tácticas empleadas, hacían necesaria la existencia de tan variadas tropas. Empecemos por la Infantería, la clásica «reina de las batallas», la parte más numerosa del ejército y cuya victoria o derrota decidía el resultado de un combate. Estaba dotada de un fusil que solo se podía cargar estando de pie y cuya cadencia de tiro no superaba uno o dos disparos por minuto. Su alcance eficaz en teoría se situaba entre los 100 y los 200 metros.³ Pero, en la práctica, a 130 metros resultaba casi imposible acertar un blanco del tamaño de un hombre. De ahí que se utilizara casi

exclusivamente el fuego por descargas, es decir, varios fusiles disparando a la vez contra un mismo objetivo. Pero aun así, una unidad tirando a un objetivo que ocupaba un frente similar al suyo, a 300 metros de distancia solo conseguía un 20 % de impactos; a 225, un 25 %; a 150, el 40 %; a 75, el 60 %. Estos resultados, obtenidos en condiciones óptimas, disminuían aún más en acción por los efectos naturales del miedo, nerviosismo, cansancio, confusión, falta de visibilidad (se utilizaba pólvora negra, que producía una enorme cortina de humo) etc., de forma que en la práctica se estimaba que el alcance eficaz no pasaba de 90 metros, y aún entonces solo se obtenía un 15 % de blancos. Consecuencia de todo ello era que, en primer lugar, el soldado tenía que combatir de pie, porque solo así podía cargar el arma. En segundo lugar, lo hacía en formaciones de cierta profundidad –dos o tres filas– para que siempre hubiera una con el arma preparada, cubriendo a la que estaba cargando tras haber disparado. Por otro lado, para batir eficazmente un blanco había que reunir contra él el mayor número posible de fusiles. Es decir, acumular en la menor superficie tantas armas como se pudiera, lo que se obtenía colocando a los hombres casi hombro con hombro. Por otra parte, la misma falta de precisión llevaba a «reservar el fuego» hasta estar cerca del enemigo. Finalmente, la lentitud de la cadencia de tiro significaba que una unidad de infantería no podía detener únicamente con sus disparos a otro cuerpo que se acercara a gran velocidad, sobre todo si era de caballería. Por lo tanto, cuando esta se aproximaba, hubiera sido suicida para los infantes mantener la formación en línea, que sería barrida irremisiblemente por el choque de los jinetes. Para evitar esto, se pasaba a otra formación, el cuadro. Este, que en realidad era un rectángulo, presentaba al enemigo un frente sin flancos que, por tanto, no podía ser envuelto. Tenía en cambio el inconveniente de que ofrecía un sólido blanco a la artillería enemiga y de que reducía el número de fusiles que podían batir cada uno de sus costados a una cuarta parte del total de la unidad. Había una tercera formación para la infantería: la columna. Avanzar en cuadro era prácticamente imposible. Hacerlo en línea resultaba una operación lenta y difícil, ante la imperiosa necesidad de mantener un contacto estrechísimo entre los hombres. Por ello era frecuente mover a las tropas en columnas de poco frente y gran profundidad, desplegándolas en línea para hacer fuego solo cuando se estaba cerca del objetivo. Si se trataba de unidades no perfectamente instruidas, o si se quería imprimir mayor velocidad a la acción, se conservaba la formación en columnas hasta el momento mismo del cuerpo a cuerpo. El problema que ello entrañaba era que la columna tenía una

capacidad mínima de defenderse con su fuego propio, ya que las dos primeras filas, las únicas que podían disparar, ocupaban un frente relativamente pequeño, al estar la unidad formada en profundidad. Además, ofrecían un blanco considerable a los fusiles y los cañones enemigos, al tiempo que si la caballería contraria se acercaba resultaba muy difícil pasar de la columna al cuadro.

Aunque en muchos casos la infantería ligera actuaba de idéntica manera a la de la línea, también tenía funciones propias. Eso no implica que necesariamente contara siempre con un armamento distinto, aunque la tendencia era dotarla con fusiles más perfeccionados. Así, algunas unidades, como los «rifles» británicos tenían fusiles rayados que si bien ofrecían mayor alcance y precisión, poseían una cadencia de tiro inferior. En muchos casos, pues, los cazadores tenían que fiarse exclusivamente de su mejor puntería y de su agilidad para desempeñar la misión que les estaba encomendada de hostigar con su fuego independiente al enemigo. Para hacerlo, desplegaban por parejas en una larga línea, «en tiradores», como se llamaba, y aprovechando los accidentes del terreno se aproximaban todo lo posible a la línea contraria, procurando eliminar a los oficiales. Normalmente, una parte de la unidad permanecía agrupada a retaguardia, en calidad de reserva. El hecho de que actuaran de dos en dos obedecía a la necesidad de que ningún hombre estuviera inerme, tras haber disparado, frente a una reacción enemiga, ya que así contaba con la protección de su compañero que mantenía el arma cargada. Desde luego, la formación «en tiradores» alcanzaba su eficacia máxima frente a un enemigo dispuesto en línea, ya que los cazadores desplegados en un amplio frente y protegidos por obstáculos ofrecían un blanco pequeño a una descarga. Era, en cambio, vulnerable frente a infantería ligera enemiga que adoptará la misma formación y, sobre todo, frente a una carga de caballería. Tampoco podía detener un avance masivo de tropas de línea.

En cuanto a la caballería de línea, utilizaba casi exclusivamente sus armas blancas mediante cargas en línea, bota con bota. Por las mismas razones que la infantería, acostumbraba a hacer todos los movimientos previos en columna. La carga en sí, para tener éxito, debía ser siempre rígidamente controlada. De ahí que se iniciara al paso y se continuara el trote para luego completarla al galope corto. Únicamente se lanzaban los caballos a rienda abatida en los últimos metros, con objeto de que la unidad llegara al choque formando un bloque compacto, obteniéndose así el máximo impacto. La carga, eficaz contra otras unidades de caballería, contra infantería ligera «en tiradores» y contra infantería de línea

desplegada era —a pesar de la leyenda— prácticamente inútil contra un cuadro bien formado que presentaba una muralla de fuego y bayonetas, sin flancos, casi inabordable. En realidad, raramente los jinetes cargaban un cuadro intacto, sino que tendían a girar en torno a él disparando sus poco precisas pistolas, esperando que los infantes perdieran, por nerviosismo o por las bajas sufridas, el contacto hombro con hombro que les hacía, a todos los efectos, invulnerables. Si esto llegaba a suceder, si se abría una brecha, la caballería entraba por ella, deshaciendo entonces con gran facilidad a la infantería. Axiomas esenciales para la caballería eran mantener siempre una reserva para explotar el éxito o para reparar un revés, y no recibir jamás una carga a pie firme ya que en esas condiciones el ataque de un escuadrón enemigo al galope era imparable. La caballería ligera, por su parte, operaba habitualmente en formaciones abiertas, recurriendo con más frecuencia al fuego de sus carabinas y pistolas. Al igual que los cazadores de infantería, su misión era de hostigamiento, y en principio no tenían el peso suficiente para abordar frontalmente a unidades de línea.

La artillería utilizaba tres clases principales de proyectiles. Las balas rasas, sólidas, que se empleaban en la zona comprendida entre los 500 metros y los 1000. Más allá perdían velocidad y acababan por rodar por el suelo. Por debajo de los 500, se desplazaban a mayor altura que un hombre, pasando por encima del blanco. Naturalmente, este no era el caso si se disparaba con alza cero, pero ello implicaba una pérdida tal de alcance que raramente se recurría a ella. Entre los 0 y los 500 metros se usaba la metralla, botes de hoja de lata o sacos de tela gruesa llenos de balas, entre 41 y 85, según se tratase de metralla gruesa o menuda. La primera tenía mayor alcance, pero era menos mortífera, por lo que se empleaba entre los 250 y los 500 metros. La segunda, más eficaz, se usaba entre los 0 y los 250 metros. La metralla convertía el cañón en una especie de gigantesca escopeta de caza, menos precisa que un fusil, pero que batía una superficie mayor. La tercera clase de proyectil, la granada, consistía en una bala hueca, llena de pólvora, que reventaba sobre el objetivo. Se empleaba ante todo contra ciudades o contra grandes concentraciones de tropas. Un cuarto tipo de proyectil era el cohete, inventado por el británico Congreve. Lo veremos utilizar en América, pero era un arma errática y de escasísima precisión. La cadencia de tiro aconsejable en la artillería convencional se situaba en torno a los dos disparos por minuto. Para dar una idea de su eficacia, diremos que se calculaba que una pieza disparando contra un cuerpo de infantería que iniciaba el avance a 1350 metros de distancia, tenía tiempo para hacer 36 disparos contra él. Na-

turalmente, a medida que se aproximara el número de blancos aumentaría, mientras que las bajas crecerían rápidamente al sustituir en el último tramo del recorrido la metralla por las balas. La artillería tenía también, sin embargo, serias limitaciones. En el campo de batalla solo podía batir aquellos blancos que, además de encontrarse a distancia de tiro, estuviesen a la vista de los sirvientes, ya que salvo en rarísimas ocasiones se utilizaba el tiro directo. Los mecanismos de puntería, por otro lado, eran primitivos en extremo, lo que contribuía a disminuir la precisión. Por último, la pieza tenía que volver a ser emplazada a brazo tras cada disparo, ya que no existían dispositivos para absorber el retroceso. En general, por consiguiente, había tendencia a concentrar los cañones, si era posible, con objeto de compensar así los problemas de precisión y de cadencia de tiro, única forma de batir eficazmente una zona de terreno. Por la misma razón, era costumbre disparar sobre las masas de hombres del enemigo, más que en contrabatería, es decir, contra la artillería enemiga que presentaba un blanco inferior.

A pesar del escaso desarrollo que, comparativamente, habían alcanzado las armas de fuego a principios del siglo XIX, para entonces dominaban ya el campo de batalla. Los cuerpo a cuerpo se habían hecho cada vez más raros. Lo normal es que las unidades atacaran y se defendieran apoyadas siempre por un volumen de fuego considerable. De esa manera, cuando se llegaba a distancia del asalto, bien la atacante, bien la atacada se encontraba debilitada por las bajas, de forma que una de las dos cedía antes de cruzar sables o bayonetas. Esto se aplicaba tanto a dos infanterías enfrentadas como a las caballerías entre sí, como a caballería contra infantería. Desde luego, tan importante como la eficacia del fuego era el valor moral. Los casos de cuadros deshaciéndose por sí mismos, debido a que sus integrantes no conservaban la sangre fría, o de escuadrones volviendo grupas ante una carga del enemigo no eran raros, sobre todo entre tropas poco fogueadas, mal instruidas o con escasa disciplina.

La batalla modelo, en la que se utilizaban de forma óptima los distintos tipos de unidades y de armas transcurriría, idealmente, así:⁴

En los días anteriores, la caballería ligera hostigaba al enemigo, informaba sobre su fuerza y, si era necesario, ayudaba a fijarle para obligarle a aceptar combate.

El día en que este tenía lugar, el general desplegaba a su infantería en el centro y las alas, reforzando la situada en el sector por donde iba a lanzar el ataque. A vanguardia de ella desplegaría la infantería ligera. La artillería se dispondría de manera que batiera el punto por donde

se quería romper la línea enemiga. La caballería de línea ocuparía los extremos, a su vez protegida por la ligera. Debería de haber en reserva unidades de las tres Armas, para hacer frente a imprevistos o explotar el éxito.

El ataque venía precedido por un bombardeo artillero, para «ablandar» al enemigo. Logrado este resultado, la infantería, bien desplegada o en columna, avanzaba a cubierto siempre de una pantalla de cazadores. Idealmente, regimientos de caballería de línea, acompañados por piezas de artillería a caballo, apoyaban el movimiento. Los cazadores barrían a la infantería ligera enemiga y debilitaban con sus disparos a la de línea. La infantería atacante entonces o bien pasaba a línea para diezmar con sus descargas a la contraria, caso de haber avanzado hasta entonces en columna, o cargaba directamente en esta formación. Si no había caballería enemiga a la vista, la propia amagaba a la infantería objeto del ataque. Ante la amenaza, esta formaba el cuadro, reduciendo su capacidad de fuego y ofreciendo un blanco ideal a la artillería de acompañamiento y a los infantes propios. Tanto en un caso como en otro era casi seguro que la unidad o unidades enemigas cedieran, teniendo en cuenta además que, en el punto de ruptura, el atacante normalmente disfrutaba de la superioridad numérica. Naturalmente, pocas veces se daba este escenario perfecto. El general atacado solía disponer de medios similares al atacante y, como un jugador de ajedrez, podía responder a cada movimiento contrario con uno propio. Así, sus propios cazadores, o su caballería ligera podían barrer la pantalla protectora de infantería ligera de su oponente. O su artillería o su infantería podían deshacer con su fuego a los atacantes. O su caballería de línea podía derrotar a la contraria y caer sobre los infantes, muy vulnerables a una carga al estar desplegados en línea o formados en columna.

Hay que recordar, además, que en una época en la que el medio más rápido de transmitir órdenes era un edecán a caballo, montar un ataque perfectamente coordinado de las tres Armas era ciertamente difícil. Y una ofensiva en la que todas las unidades no se apoyasen las unas a las otras con absoluta precisión podía equivaler a un desastre. En este sentido, Waterloo proporciona un ejemplo clásico: la caballería francesa fue totalmente aniquilada cuando se le envió a cargar, sin apoyo, a la infantería y a la artillería de Wellington. Tras esta breve descripción del Ejército español a principios de siglo y de sus tácticas, que emplearía luego en América, parece oportuno aludir a su comportamiento durante la Guerra de Independencia contra Napoleón, ya que de la misma surgieron las unidades que irían a Ultramar.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Mencionemos primero su importancia cuantitativa real. Debido a los compromisos derivados de la previa alianza con Francia, en 1808 un número considerable de hombres se hallaba más allá de las fronteras españolas. En concreto, de los 101 865 hombres, unos 15 000 estaban con el marqués de la Romana en Dinamarca y más de 20 000 en Portugal. Es decir, un tercio de los efectivos no estaba inmediatamente disponible. Hay que añadir, además, que para poner al completo los cuerpos enviados al extranjero se tuvo que acudir a sacar hombres de los que permanecieron en España. En el caso concreto de Caballería, que hemos estudiado en otro lugar,⁵ llegamos a la conclusión que de los 10 000 caballos, aproximadamente, con que contaba el Ejército, solo 5 500 estaban en España y de ellos 500 en Mallorca. Muchas de las unidades que quedaron en territorio peninsular español no podían considerarse, desde ningún punto de vista, operativas. Así, el Regimiento de Dragones de Sagunto alineaba únicamente 189 caballos; el de Borbón, 177; el del Rey, 190; el Regimiento de Línea de la Reina, 202. En realidad, eran apenas escuadrones reforzados.

En cuanto a la infantería de línea, tenía unos 25 000 hombres en el exterior, y la ligera unos 6000, casi la mitad de sus efectivos. El resultado es que había poco más de 60 000 hombres de tropas regulares para hacer frente a una invasión, con la desventaja adicional de que, al no haber sido precedida por una declaración de guerra, cuando esta estalló el enemigo se encontraba dentro de las fronteras, controlando además alguna de las plazas principales. Si desde el punto de vista cuantitativo la situación del Ejército no era la mejor, desde la perspectiva de su calidad parecía estar en buenas condiciones, a pesar de sus innegables defectos, lúcidamente expuestos por Esdaile. Priego⁶ ha recogido a este respecto testimonios interesantes que reflejan la óptima impresión que en observadores extranjeros produjo la División de la Romana durante su marcha de Italia a Dinamarca y en las ocasiones que tuvo de combatir. Por otra parte, los cuerpos de Guardias, así como la artillería y los Ingenieros nunca dejaron de distinguirse durante la guerra. En cuanto a las Milicias, movilizadas desde 1804, eran de un calibre superior a lo normal en este tipo de tropas, especialmente por lo que respecta a sus granaderos.

En realidad, al referirnos al periodo 1808-1814 habría que hablar de dos ejércitos españoles. Uno es el existente en 1808. Es un conjunto de unidades «hechas», formadas por individuos muchos de ellos profe-

sionales, bien instruidos y encuadrados por lo que en lenguaje militar se llama sus mandos naturales. Es decir, los propios de los cuerpos y, como tales, conocidos por la tropa. Este es el Ejército que brillará en Straslund y en Bailén y que poco tenía que envidiar a otros de Europa. Pero este Ejército desapareció, a todos los efectos, desangrado en las campañas de 1809 y en los sitios de Gerona y Zaragoza.

Para hacer frente al aluvión de tropas que Napoleón lanzaría, bajo su mando personal, tras la derrota de Bailén y para cubrir las pérdidas sufridas, surgirá a partir de 1809 otro Ejército español. Su característica principal es la improvisación. La segunda oleada francesa, los sangrientos reveses y la ferviente reacción popular se traducen en una organización masiva de nuevas unidades. Clonard enumera hasta 218 regimientos de infantería de línea y 101 de ligera con un total de 417 batallones, además de 39 regimientos de caballería, de distintas clases, con 160 escuadrones. Por si esto fuera poco, en plena guerra la estructura de los cuerpos de Infantería se modificó dos veces. Ello resulta interesante porque, de un lado, complicó aún más el proceso de creación del nuevo Ejército. De otro, porque afectó a las unidades que fueron a América. El Reglamento publicado el 1 de julio de 1810 dotó a cada regimiento de línea con tres batallones, cada uno de los cuales tenía una compañía de granaderos, una de cazadores y cuatro de fusileros, con un total de 2554 plazas. El de 8 de marzo de 1812 dio a cada regimiento un solo batallón, con una compañía de granaderos, una de cazadores y seis de fusileros, si bien algo más nutridas. En resumen, al hablar de regimientos entre 1810 y 1812 nos estamos refiriendo a dieciocho compañías, mientras que tras esta última fecha son solo ocho. Con independencia de estas reformas internas, lo cierto es que se puede calcular que durante la contienda el número de batallones se incrementó en un 200 % y el de escuadrones, debido a la escasez de monturas y a la dificultad de improvisar jinetes, en un 100 %.

Desgraciadamente, en vez de emplearse tantos efectivos en cubrir las bajas de las unidades veteranas, dotadas de cuadros profesionales que podrían haber absorbido e instruido a los reclutas, se utilizaron en formar cuerpos,

[...] prefiriendo las provincias crear Regimientos y Escuadrones nuevos, brillantes en cuanto a caballos, vestuario, etc., pero con muchos oficiales y soldados paisanos, sin instrucción alguna. [Ello] era causa de grandes inconvenientes en los momentos desgraciados y de que no tuvieran algunos Cuer-

pos de Caballería, como Arma difícil de instruir, todos los elementos de fuerza y de vida que sería de desear.⁷

En efecto, para organizar la plétora de nuevas unidades se recurrió o bien a dar grados a los habitantes prominentes de cada localidad, carentes de todo conocimiento militar, o se acudió a cuadros de cuerpos veteranos. En el primer caso, la unidad así formada no pasaba de ser una agrupación de campesinos más o menos bien armados. En el segundo, se debilitaba a la veterana, sin por eso hacer verdaderamente operativa la de nueva creación, que con frecuencia era lanzada al combate sin que los reclutas que la componían hubiesen completado su instrucción. Resulta muy significativo que las Armas de Artillería y de Ingenieros, que no experimentaron tan desatinado crecimiento y que siguieron muy selectivas a la hora de nombrar oficiales y escoger personal, mantuvieron durante toda la guerra niveles elevados de eficacia. Este Ejército nuevo era, desde luego, mucho más numeroso que su antecesor, y estaba animado de un espíritu inquebrantable que le llevó a resurgir de cada derrota, pero, en general, estaba inadecuadamente instruido y disciplinado. Respecto a su calidad, la historiografía británica clásica, seguramente la más copiosa e influyente, ha dibujado una imagen desoladora.⁸ Obras más recientes⁹, sin embargo, están contribuyendo a modificar esta visión con criterios más equilibrados. En realidad, lo que sucedió, como el propio Oman reconoce¹⁰ es que los ingleses «no tuvieron oportunidad de observar a sus aliados en condiciones favorables; no llegaron a conocer el antiguo Ejército regular que combatió en Bailén y en Zornosa. Estaba prácticamente destruido antes de que nosotros entráramos en acción».

Sin duda, el nuevo Ejército surgido tras 1809 estaba lleno de defectos, que nunca superaría. Organizado precipitadamente, en plena guerra, sin suficientes mandos profesionales y con una instrucción deficiente, atravesó serias dificultades para hacer frente en campo abierto a las tropas napoleónicas. Pero tenía una fe absoluta en el triunfo y no se dejaba amilanar por las derrotas. Ello le permitió –unido a otros dos elementos– jugar un papel decisivo en la victoria final: «la combinación de los Ejércitos regulares inglés y español, apoyados por numerosas bandas de guerrilleros, puso a los franceses ante un problema militar inmensamente difícil».¹¹ Por citar un ejemplo nada más, cuando Maséna invadió Portugal en 1810, de los 325 000 hombres que Napoleón tenía entonces en España, solo pudo ceder una cuarta parte al mariscal para su ofensiva.¹² El resto estaba inmovilizado, luchando contra tropas

regulares españolas o contra las guerrillas. Seguramente puede afirmarse que de forma tradicional se ha exagerado tanto el papel del ejército de Wellington como el de los guerrilleros. Ninguno de ellos podría haber ganado la guerra sin el Ejército español. Las guerrillas necesitaron para subsistir la protección de unidades regulares que les daban apoyo logístico y mandos, y que en ocasiones les amparaban en caso de derrota. Por otro lado, esos cuerpos fijaban importantes contingentes franceses, que en caso contrario podían haber consagrado todos sus esfuerzos a acabar con los guerrilleros. También parece concebible que si Napoleón no hubiera tenido que distraer efectivos para hacer frente al Ejército español, podría haber conseguido contra Wellington una superioridad numérica irresistible. Conviene recordar que, por ejemplo, el general inglés en la batalla de los Arapiles alineó poco más de 30 000 hombres, y en Vitoria unos 37 000, cuando en 1813 los contingentes franceses en España sumaban 224 000 hombres. Podría concluirse, pues, que fue la actuación conjunta del Ejército regular español, de las guerrillas y del ejército de Wellington, incluyendo a sus componentes portugués y español, quien acabó por batir a los imperiales. Ello no obstante, resulta incuestionable que las tropas de Fernando VII, a pesar de su decisiva contribución al final victorioso de la guerra, adolecían de graves defectos, muchos de los cuales volverán a aparecer en las campañas de América.

Cuando se pone fin a la invasión napoleónica, España se encuentra con un Ejército de 190 000 hombres y 17 000 caballos, a los que no tardarán en unirse los más de 30 000 prisioneros que se hallaban en Francia. Este número enorme de tropas, que estaba muy por encima de las necesidades y las posibilidades de un país arruinado por seis años de hostilidades, contaba además con una cifra de oficiales absolutamente desproporcionada. Muchos de ellos, por otra parte, carecían de los mínimos conocimientos requeridos para el ejercicio de su grado.¹³ Por eso se inició sin pérdida de tiempo un drástico proceso de reducción de las fuerzas armadas que, tras una corta interrupción en 1815, ante la noticia del regreso de Napoleón de Elba, se continuaría durante los siguientes años, a pesar de la guerra en América. Para solo referirnos a 1814, y a Infantería, se licenciaron más de 1 600 oficiales y 40 000 hombres en ese año. En 1815 se produce otra reforma orgánica, que también afectará a los cuerpos que fueron a Ultramar, al volverse a los regimientos de tres batallones, a ocho compañías cada uno, mientras que la infantería ligera continuó con batallones independientes. Se llegó entonces a un total de 47 regimientos de línea y 13 ligeros, con 89 964 hombres. En cuanto a la Caballería, en 1814 tenía 15 regimientos de línea —de ellos

uno de coraceros y dos de lanceros— y 20 ligeros, a cuatro escuadrones cada uno. En 1815 quedó en 17 de los primeros y 13 de los segundos, con 22 140 hombres y 20 100 caballos. En 1818 hubo una nueva reestructuración. Los regimientos de infantería de línea redujeron sus tres batallones a dos, a ocho compañías. Aun así el número de los nuevos regimientos, más débiles que los anteriores, quedó fijado en solo 37. La infantería ligera, por su parte, pasó de doce batallones a diez. En Caballería, los 17 regimientos de línea se redujeron a trece y los trece ligeros, a nueve. En resumen, y a pesar de la guerra de Ultramar, el Ejército pasó de 167 batallones de infantería y 43 regimientos —incluidos siete en cuadro— de caballería en 1814, a 84 de los primeros y 22 de los segundos en 1818.

Pero estos simples datos numéricos no bastan para dar una idea sobre la verdadera situación del Ejército español durante las guerras de Emancipación. Para completarlos, haremos una descripción de su estado en 1820¹⁴, transcurridos ya seis años del final de la invasión napoleónica, cuando en principio la paz en España había permitido reparar muchos de los males que le aquejaban. La Infantería contaba con 39 652 hombres, de los cuales algo más de 4000 «de premio», por haber combatido durante toda la Guerra de Independencia y 1605 que habían luchado durante parte de ella. Del total, 4505 estaban cerca del licenciamiento. La Caballería contaba con 7859 hombres, de ellos 1544 «de premio», pero con solo 6144 caballos, de los cuales únicamente 2975 útiles para el servicio. La Artillería tenía 5356 plazas, de ellas 1416 «de premio» y los Zapadores 736. El número de oficiales seguía siendo excesivo. A pesar que desde 1814 habían sido dados de baja 9700, había todavía 3454 «agregados». El Ejército tenía justamente dos veces más de mandos de los que necesitaba.

El propio secretario de Estado y del Despacho de la Guerra señalaba que la situación del erario hacía imposible subvenir a las más elementales necesidades de las tropas. Por ello, los oficiales, para evitar «ver perecer a sus subordinados tienen que recurrir a medios más o menos ilícitos, pero siempre abusivos y perniciosos, y es forzosamente su primer paso tolerarlo todo, exigir lo menos posible y sujetar con la destructora pero inevitable blandura los clamores hartos justos de la necesidad: de aquí el decaimiento de la disciplina». En realidad, ante la incapacidad de la Hacienda para suministrarles los haberes y las raciones que les correspondían, los cuerpos, simplemente para poder subsistir, ante la absoluta miseria en que se encontraban tuvieron que recurrir a expedientes como convertirse de hecho en recaudadores de

impuestos, y quedarse con el producto de los mismos. Las cantidades así obtenidas se detraían de los tributos que los contribuyentes debían. Estos «viciosos arbitrios», unidos a medidas como distribuir a los soldados en pequeños destacamentos para aliviar la carga que suponían para la localidad encargada de su manutención, producían funestos efectos en la moral, la disciplina y la instrucción. Al tiempo, aumentaban la impopularidad del Ejército entre la población civil, que a veces se resistía por la fuerza a tan irregular forma de allegar recursos. En algunas ocasiones, las unidades no eran sino grupos de hombres hambrientos y andrajosos que vivían sobre el terreno del producto de exacciones de dudosa legalidad. Los oficiales, abandonados por un Tesoro exhausto y desorganizado no podían aspirar, en el mejor de los casos, sino a mantener relativamente controlada la situación, impidiendo los peores desmanes. Nada extraña que Amarillas describiese el estado del Ejército como «aflictivo», añadiendo que la Infantería «jamás estuvo tan reducida después de la Guerra de Sucesión», y que «su organización es monstruosa». Respecto a la Caballería dice que «jamás estuvo en España en estado más deplorable».

La situación del armamento y del equipo era igualmente triste. De 87 000 fusiles, 6000 estaban inútiles. El resto era de distintos calibres, y unos fabricados en España, otros en Inglaterra y otros en Francia. La Caballería estaba «casi desarmada» tras la partida de la expedición Morillo. Había regimientos con armas de tres procedencias diferentes. En cuanto a las sillas de montar, las de siete de los veintidós cuerpos eran totalmente inútiles. En la Infantería existía «una falta de uniformes ridícula». Casi la mitad de los hombres, 17 000 en concreto, ni siquiera tenían casaca. Lo más grave es que la situación que estamos describiendo se producía «cuando en los años de paz parecía que el Ejército, descansado de las fatigas y de las privaciones de todo género que sufrió con heroica resistencia, debía disfrutar de los haberes que adquirió a costa de su sangre». En vez de ello,

se ha visto fatalmente sumergido en la miseria, y los progresos que en tan precioso tiempo debió hacer en su disciplina y su instrucción, han sido obstruidos por las dificultades que a cada caso presentaba la falta de recursos [...] en general no solamente han dejado de satisfacerse las gratificaciones correspondientes al vestuario, armamento, remonta y demás indispensables para que el Ejército fuera disponible, sino que aún en la percepción de los haberes oficiales y prestaciones

de la tropa se ha sufrido la escasez y el atraso hasta un punto extremo. Los oficiales a media paga durante años seguidos, empeñados, obscurecidos, en la terrible situación a cada momento de no poder alimentar a sus familias [...] Los soldados han estado desnudos, mal alimentados [...] privados en ocasiones de hacer el servicio porque se hallaban descalzos [...] sufriendo todo lo que puede dar al hombre una idea desventajosa de su situación y, por fin, cuando obtenían la licencia absoluta, tomaban en vez de sus alcances un papel sin crédito, pasando por la amargura, al despedirse de las banderas que defendieron, de no recibir ni aún aquel escaso haber que con tanta honra, tantas heridas y tanta virtud ganaron en largos años de trabajos y vigili­as.

«En ocasiones ha faltado hasta la leña para guisar los ranchos [...] y llegó a tal punto la desnudez del Regimiento de África que fue preciso mandar que no saliese la tropa de sus cuarteles, donde liados con una estera o de otra manera semejante estaban encerrados los defensores de la patria, los que la salvaron». El cuadro es ciertamente desolador. Había pocas tropas, hambrientas, semidesnudas, mal equipadas y peor pagadas. La moral tenía que ser, necesariamente, ínfima. La durísima guerra contra Napoleón había dado, en efecto, el golpe de muerte al Ejército español tradicional, básicamente profesional, totalmente al margen de la política, equipado de una manera razonable y que desde luego resistía la comparación con cualquier Ejército europeo de la época.

Durante las campañas de la Emancipación se comprobará hasta qué extremos esta estructura se había resquebrajado irreparablemente durante el periodo 1808-1814. En general, las unidades se batirán con un ardor ejemplar, a veces asombroso y hasta incomprensible, dadas las circunstancias. No obstante, no dejarán de aparecer, tanto entre oficiales como soldados, actitudes derivadas de una falta de disciplina y de profesionalidad, y de un exceso de politización, frutos de la contienda contra los franceses y que en el Ejército tradicional hubieran sido impensables. Aunque unos y otros conservaron una gallardía y una capacidad de resistencia indiscutibles, escribiendo en Ultramar algunas de las gloriosas páginas de sus historiales, los cuerpos estaban aquejados de taras, espirituales y materiales, que nunca llegaron a eliminar. La guerra contra Napoleón fue un trauma que el pueblo y el Ejército de España tardarían decenios en superar. Hizo tambalearse hasta a la propia Corona, hirió de muerte un orden de vida secular sin sustituirlo por otro

nuevo, sembró futuras semillas de discordia y destrozó la economía. En el Ejército ello se reflejó en asesinatos de oficiales considerados traidores, en el nombramiento de otros por razones que nada tenían que ver con sus conocimientos técnicos, en el aniquilamiento de los viejos cuadros profesionales, en la llegada de miles de voluntarios que traían un espíritu diferente al del pasado, en un relajamiento general de la disciplina. En las guerras de América se verían los resultados de tan brutal sacudida.

Si la situación del Ejército era preocupante, la de la Marina no resultaba más alentadora. Dado que el teatro de operaciones americano estaba separado de la metrópoli por el océano, la escasez de medios navales tenía una importancia de primera magnitud. Efectivamente, en los años de la Guerra de la Independencia, el estado de la Armada era lamentable. En 1812, según el Ministro Vázquez Figueroa, en ella «no había un solo individuo cuyo semblante no manifieste el hambre que le devora». A los Generales de Marina se les debían treinta y tres meses de sueldo, mientras que «la cruel desolación y la espantosa miseria han fijado su lúgubre domicilio» en los arsenales. En 1813, el nuevo ministro, Francisco Osorio, decía a las Cortes «no hay Marina. Los arsenales están en ruina, el personal en abandono y orfandad; a nadie se paga».¹⁵ Al año siguiente solo había armados cuatro navíos y once fragatas, mientras que dieciocho de los primeros y ocho de las segundas permanecían desarmadas.¹⁶ En conjunto, de 1808 a 1814 había disminuido en veintiuno el número de navíos de línea. En 1816 se debían a la Marina cincuenta y tres pagas¹⁷ y el capitán general de El Ferrol comunicaba oficialmente la muerte por inanición de un teniente de navío, un capitán de fragata y un oficial del Ministerio, informando al tiempo que «se hallaban próximos a la misma, postrados en paja, un capitán de navío, dos de fragata y un comisario, y otros muchos de las demás clases». Recordaba que en años anteriores la Armada solo había recibido la paga de un mes cada doce. En 1818 quedaban cuatro navíos en condiciones de operar, pero tres de ellos estaban siendo reparados. Las fragatas en servicio eran seis.¹⁸

Todo lo que en el reinado largo de Fernando VII se agregó a la Armada para acudir a las atenciones de la guerra de América consistió en los 9 buques construidos en Burdeos en los años 1817 y 1818, el bergantín «Jasón» en Cartagena en 1819, 2 goletas en Mahón y Barcelona en 1822 [...] se adquirieron en los Estados Unidos una corbeta y dos bergantines.¹⁹

Hubo, también, la escandalosa compra de unos barcos rusos, por decisión personal del rey, que resultaron totalmente inútiles. En 1808, España contaba con 42 buques y 30 fragatas. En 1834, con tres de los primeros y cinco de las segundas. Por otra parte entre 1814 y 1823 se debían al Departamento de Cádiz 91 millones de reales —el equivalente a 103 pagas—, 45 al de Cartagena y más de 89 a Ferrol.²⁰ Para dar una idea de la importancia de esta cifra diremos que el presupuesto de Marina para 1822 se había fijado en 70 millones, menos de la tercera parte del importe de los sueldos atrasados. En resumen, España inició su guerra contra Napoleón con una Armada desangrada en los desastres de San Vicente y Trafalgar. El carácter fundamentalmente terrestre de la contienda y la escasez de recursos hizo que se concentraran todos los esfuerzos en el Ejército,²¹ dejando que los buques, literalmente, se pudrieran.

La restauración de Fernando VII no implicó ningún alivio, ya que la falta tanto de dinero como de visión hizo que nada se hiciera para evitar la decadencia de las fuerzas navales. Ciertamente, durante la guerra de Emancipación «no había Marina» en España. La suerte de uno de sus más importantes auxiliares, la Infantería de Marina, no fue más alentadora. En 1814 el ministro conde de Salazar decía de ella: «he presenciado el tener que encerrar la tropa en su cuartel porque la absoluta desnudez en que se hallaba no permitía, sin ofensa de la decencia, que saliese a las calles».²² Las fuerzas armadas perdieron así otro elemento especialmente valioso para operaciones en Ultramar y de calidad sobresaliente, como había demostrado en anteriores campañas en América y en la propia Guerra de Independencia, donde la Infantería de Marina conquistó privilegios que la ponían a la par de las tropas de la Casa Real. Encontraremos algunas de sus unidades en las luchas de Emancipación, pero con efectivos muy bajos. Con un Ejército en tan triste estado y con una Marina reducida a su más mínima expresión encararía España la guerra al otro lado del océano. Es de justicia apuntar, sin embargo, que sus adversarios la iniciarían con menores medios todavía. La falta de poderío militar estaría acompañada, además, por el desinterés de la opinión pública por aquellas lejanas campañas, y por la inoperancia de las autoridades centrales. Sumidos en los problemas internos nacionales, pueblo y gobernantes dieron una baja prioridad a lo que sucedía en Ultramar:

España emprendió su propia «guerra de independencia» de 1808 a 1814, y luego su propia «revolución» de 1820 a 1823

[...] En realidad, la nación española en su totalidad no se sentía preocupada por la pérdida de América, por las guerras de independencia de América [...] Bajo el primer régimen constitucional, bajo el régimen de la primera restauración, bajo el segundo régimen constitucional y bajo el segundo régimen de restauración dejaron de funcionar los mecanismos gubernamentales, las decisiones políticas [...] Subsistía una abrumadora confusión de voces y una absoluta incapacidad para enfrentar la crisis en América.²³

NOTAS

1. *Historia de la Guerra de Independencia*, 1839, 320.
2. Fuentes Cervera, E. de, 1958, 172.
3. Datos extraídos de Hughes, B. P., 1974.
4. Para un buen resumen de las tácticas de la época, *vid.* Chandler, D., 1967, 339-367.
5. Albi, J. y Stampa, L., 1985, vol. I, 101 y sigs.
6. Priego López, J., 1972-1981, vol. II, 52 y sigs.
7. Clonard, conde de, 1851-1859, vol. XIV, 309.
8. En este sentido son obras clásicas Oman, Ch., 1903-1930 y Napier, *sir* W. F. P., 1850.
9. Gates, D., 1986 y Alexander, D. W., 1985. Probablemente, la mejor obra sobre el Ejército español en el periodo 1808-1814 es Esdaile, Ch., 1988.
10. Oman, Ch., *op. cit.*, vol. I, 101.
11. Alexander, D. W., *op. cit.*, XVII.
12. Gates, D., *op. cit.*, 34.
13. Fernández Bastarache, F., 1978, 115 y sigs. para el reclutamiento durante la guerra de oficiales de infantería y de caballería por cauces diferentes a los tradicionales.
14. Amarillas, marqués de las, 1820.
15. Barrado, F., 1886, vol. III, 628.
16. Fernández Duro, C., 1973, vol. IX, 124.
17. Rivas Fabal, J. E., 1970.
18. Destefani, L. H., 1966, vol. IV, 395.
19. Fernández Duro, C., *op. cit.*, vol. IX, 375.
20. *Ibid.*, 372.
21. Exposición sobre el estado de la Marina en 1820», citado en *ibid.*, 63.
22. Citado en Rivas Fabal, J. E., *op. cit.*
23. Anna, T. E., 1986, 16.

Banderas olvidadas es uno de los escasos estudios dedicados a los ejércitos que combatieron en pro de la Monarquía española durante las guerras de Emancipación en América a comienzos del siglo XIX. Unos ejércitos malditos, como casi todos los derrotados. España prefirió perder la memoria de sus fracasos, olvidando al tiempo sus sacrificios y sus triunfos. Sin embargo, americanos y peninsulares combatieron unidos con una constancia admirable por lo que creían que era una justa causa. Julio Albi de la Cuesta, autor de éxitos como *De Pavía a Rocroí*, narra aquel tiempo, cuando un puñado de soldados se jugó el destino de países enteros.

Sirva esta obra, por tanto, de homenaje a los vencidos, habitualmente desdeñados por la historia, a los miles de españoles y americanos –de todo color, latitud y condición– que, desde Nuevo México al Chile más profundo, pasando por el altiplano boliviano, se dejaron la vida al servicio de un señor que, seguramente, no se merecía tan buenos vasallos. Unos hombres, una historia y unas banderas que merecen salir del olvido.

ISBN: 978-84-949540-5-4



9 788494 954054

P.V.P.: 24,95 €

**HISTORIA
DE ESPAÑA**